



ESPELEOLOGIA

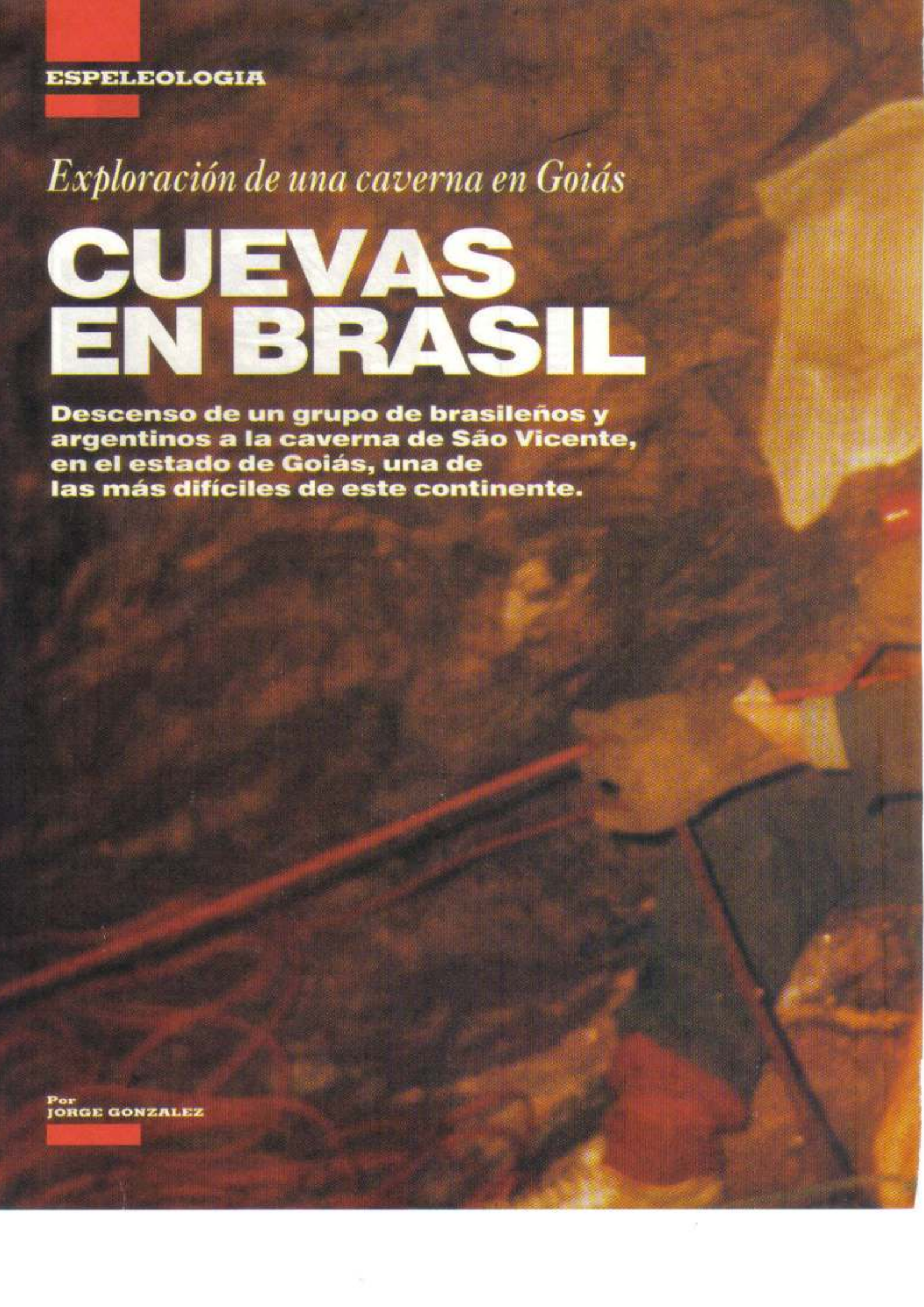
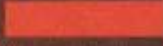


Exploración de una caverna en Goiás

CUEVAS EN BRASIL

Descenso de un grupo de brasileños y argentinos a la caverna de São Vicente, en el estado de Goiás, una de las más difíciles de este continente.

Por
JORGE GONZALEZ





El distrito de São Domingo está limitado al norte por Dianópolis y al sur por Formosa, y se encuentra dentro del estado de Goiás. Al este y al oeste, respectivamente, lo acompañan las sierras de Goiás y Paraná, y allí se encuentran varias de las mayores y más importantes cavernas brasileñas.

La iniciativa del Club Alpino Paulista y el respaldo de la Sociedad Brasileña de Espeleología me permitieron integrar una expedición que tendría como objetivo avanzar en la exploración de la caverna São Vicente, que planteaba grandes dificultades debido a la presencia de enormes cascadas en su interior. El grupo liderado por Adalbert Kolpatzik tuvo su punto de encuentro en São Paulo y quedó integrado por Max Haim, Cristian Stegmann, Peter Milko, Alberto Santos Hanitzsch, Richard Haug, Galba Athayde y Eduardo Athayde, todos de Brasil, y Enrique Lipps y Roberto Ferrari por Argentina.

Después de atravesar todo el estado de São Paulo y el de Minas Gerais, alcanzamos Brasília, y comenzó a rodearnos el paisaje que todos esperábamos. La tierra roja cabalga como un río en medio del follaje. Las huellas que va dejando el vehículo, lisas y claras, convierten la cinta del camino en una pista a rayas. Las nubes se empujan buscando lugar. Si algo me apasiona de la selva es ese calor pesado y pegajoso que flota en el aire. De pronto, la lluvia se desata con fuerza, violentamente, y luego el sol vuelve a brillar, aspirando en instantes el agua que descansa en las hojas de las plantas, levantando un vaho de vapores que ondulan como un espejismo. En ese momen-

EL DESCENSO EXIGIO MUCHO DE TÉCNICA Y CORAJE.



ACERCAMIENTO a la cueva de Goiás

to nace el samba. Algo más de 200 kilómetros después de Formosa, todo es un monólogo de autos dejando una estela de polvo rojizo en el aire, mientras el día languidece en un pálido atardecer.

La mañana nos reunió frente a panes tostados y jugos que rápidamente nos devolvieron el brillo en los ojos. En la feria, los sombreros de cuero se mezclaban con las tiras de tabaco, las telas, frituras y baratijas. Un perro muerto fue hábilmente trozado y puesto a la venta. Un viejo camión inclinado sobre la banquina dejaba oír una música cadenciosa, resignada. Un cangaceiro desdentado hablaba sin que yo pudiera entender algo, intentando explicar cómo hacer los 150 kilómetros que faltaban para ingresar a la zona de las cavernas. No dejo de mirarle el machete que le cruza la espalda, envainado en un cuero brillante por el uso y las monedas de plata que tiene el ala levantada de su sombrero. Después del aserradero y el riacho, termina el camino. Pero el arenal nos juega su trampa. Cuanto más acelera el Pasat II, las ruedas más se hunden. Nos miran los cebúes que pastorean magros arbustos. Logramos salir y continuamos hasta el fin del camino. Allí, unos grandes plátanos cercan una casa de adobe y techo de tejas sucias. La vista recorre desniveles de valles y palmeras, un verde on-

dulante que choca contra altas paredes que sobresalen de la vegetación, enormes farallones rocosos de caliza gris que semejan castillos ruinosos. ¡Allí está la caverna! Un pequeño de dientes iguales y muy blancos insiste en llevar parte de mi carga. Acaricio su cabeza mota como si fuera de virulana y, uno tras otro, en fila india, entramos al sendero angosto. Los monos chillan en lo alto. Es un paisaje de Emilio Salgari. Camino otra vez detrás de la hermosa visión de una mochila bamboleándose. Sobre ella rebotan y desaparecen pedazos de luz que se cuelan desde las altas copas.

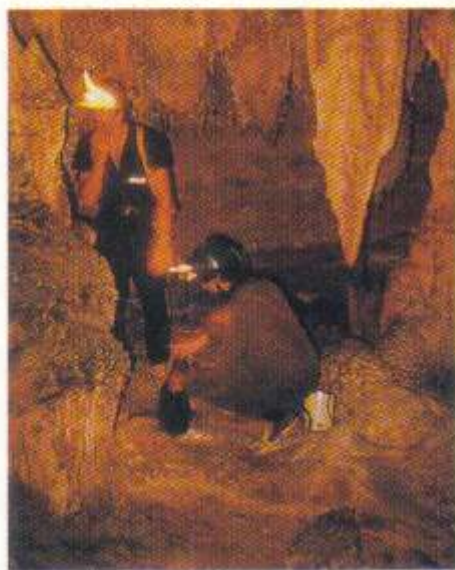
Después de 20 minutos de marcha, vemos un río de aguas brillantes internarse en la boca de la cueva. Un bostezo oscuro y enorme. Es la São Vicente. Las mochilas descansan ahora en la arena. El agua del río tiene una temperatura de 23° C y la cachaça se encarga de mantenerla en 30° C. Es casi un rito. Se golpea el jugo de los limones pequeños mezclados con azúcar y pinga. Luego, el aguardiente baja por la garganta, dejando su huella áspera y caliente. Un viejo poblador lleva su mano al rostro. Para él, la cueva es la entrada de los espíritus y no sabe de ella más que lo que sus ojos adivinan en la penumbra. A partir de allí, el ruido del agua se pierde y el tiempo comienza a andar en puntas de pie. Dormiremos en la entrada, sobre catres de bambú. Los cascos despiden el olor penetrante del carburo hasta agotarse.

Es de mañana y entramos en la cueva. Un agujero de sol queda a las espaldas. Atraídos por no sé qué manía de andar tras lo desconocido, nos internamos por paredes húmedas, a veces metidos en el agua hasta el pecho y otras resbalando por pendientes de barro con traicioneros pozos y sombras. La escalerilla de 14 metros con

peldaños redondos de duraluminio, cuelga en el vacío. Para evitar una cascada de unos siete metros, hemos ascendido a los pisos superiores de la cueva y ahora debemos volver al río, que lo arrastra todo a borbotones allá abajo. Cuando descendo por esta escalerilla, alternando una pierna y un brazo por detrás del cable, soportando el bamboleo que tira hacia abajo como si alguien se me colgara del cuello, luchando por ver, mezclo la agitada respiración del miedo con la conciencia de que todavía no es tiempo para mi destino. Pero, ¿qué digo? Ya estoy en el agua. Max me pregunta si sé nadar. Le digo que sí. La mochila me arrastra y la luz de mi casco se apaga. No veo adónde piso; solamente siento que el agua golpea mis piernas y que mis piernas golpean en las piedras... Aquí hay un buen



LAS CAVERNAS con curiosas formaciones.



EXPLORANDO las galerías interiores, en medio de un ejército de estalactitas. Der.: gran cascada de 18 m, a 2.500 m de la entrada.



lugar para nuestro descanso. La posibilidad de un derrumbe; de una creciente repentina, de un desplome de bloques. Toda la ropa está mojada. Hemos estado ocho o nueve horas para entrar 1.500 metros. Adi me da una Express con paté y ajo. También, un pedazo de cebolla. Mi cuerpo parece revivir. Max está cerca. La oscuridad ya es un compañero más. Ponerse la ropa húmeda sobre el cuerpo es una de las sensaciones más desagradables que recuerde. Si a pesar de esto uno decide continuar, ya no hay preguntas.

El agua nos llega arriba de la cintura. Sólo veo las luces de mis compañeros y los vapores de su aliento. Columnas, paredes, estalactitas y un techo que no sabemos si existe. Las dimensiones son descomunales. De pronto, un gran rumor de caballos



salvajes viene a nuestro encuentro. Sabemos que estamos cerca de la gran cascada que no pudieron superar los polacos en la primera exploración. Este es el segundo ingreso de un grupo mixto, que tratará de forzar el paso. Sólo nos queda superar un gran pozo de agua, nadar unos 20 metros y alcanzar el salto. Max se tira al agua para asegurar con una cuerda fija el paso de todos. El rumor de caballos salvajes está más

cerca. De pronto, el laberinto de pasadizos y techos, enormes galerías y precipicios, se cierra como la cúpula de un templo y el agua se desploma en un salto de 20 metros que levanta vapores y estalla con furia. Se "entuba" luego en un orificio y desaparece. Da escalofríos. Instalamos doble seguro de cinta en las columnas de calcáreo. Son gruesas y frágiles al mismo tiempo. Esto es impresionante. Estamos a 2.500 m de la boca de entrada. Las luces frontales dejan ver parcialmente el espectacular marco de las paredes mojadas y hay que gritar para ganarle al tronar de las aguas. Con el equipo que tenemos, sin elementos para superar el posible sifón (galería totalmente inundada), no podemos continuar.

Continuamente mojados, en contra de la corriente, cargando sobre las espaldas cuerdas y escalas. Veo este episodio como un pesado destierro. Nos tambaleamos por la fatiga. Y un milagro, transparente y celeste, aparece frente a nuestros ojos. Corremos al encuentro de la boca. Del sol. Y nos desplomamos sobre la arena. ☑

Weekend N° 267 12/94